ANAHÍ MAYA GARVIZU

LAS ESTACIONES

LAS ESTACIONES

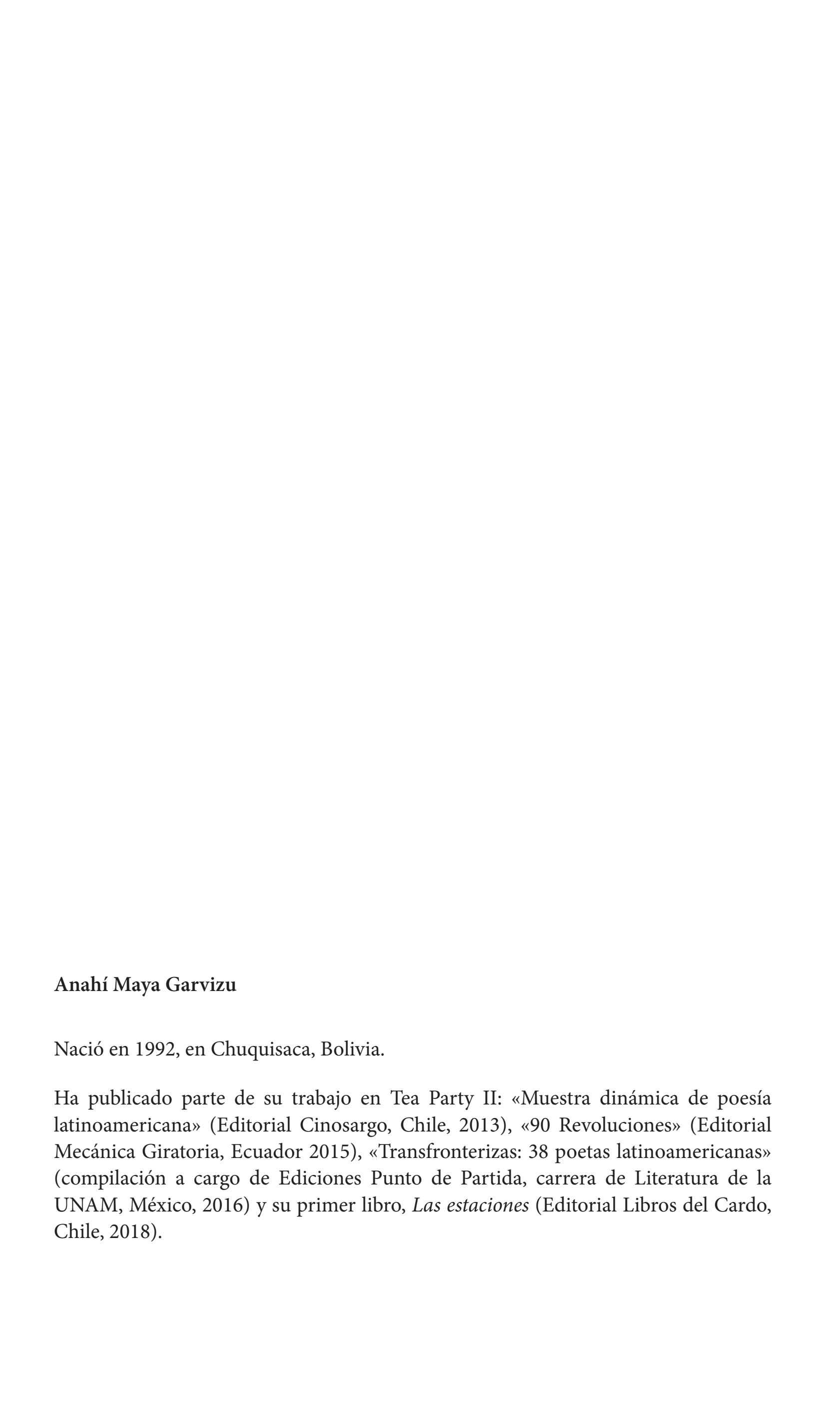




Anahí maya garvizu

Las estaciones





Anahí Maya Garvizu

Nació en 1992, en Chuquisaca, Bolivia.

Ha publicado parte de su trabajo en Tea Party II: «Muestra dinámica de poesía latinoamericana» (Editorial Cinosargo, Chile, 2013), «90 Revoluciones» (Editorial Mecánica Giratoria, Ecuador 2015), «Transfronterizas: 38 poetas latinoamericanas» (compilación a cargo de Ediciones Punto de Partida, carrera de Literatura de la UNAM, México, 2016) y su primer libro, *Las estaciones* (Editorial Libros del Cardo, Chile, 2018).

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García
Fotografía: Andres Garvizu

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

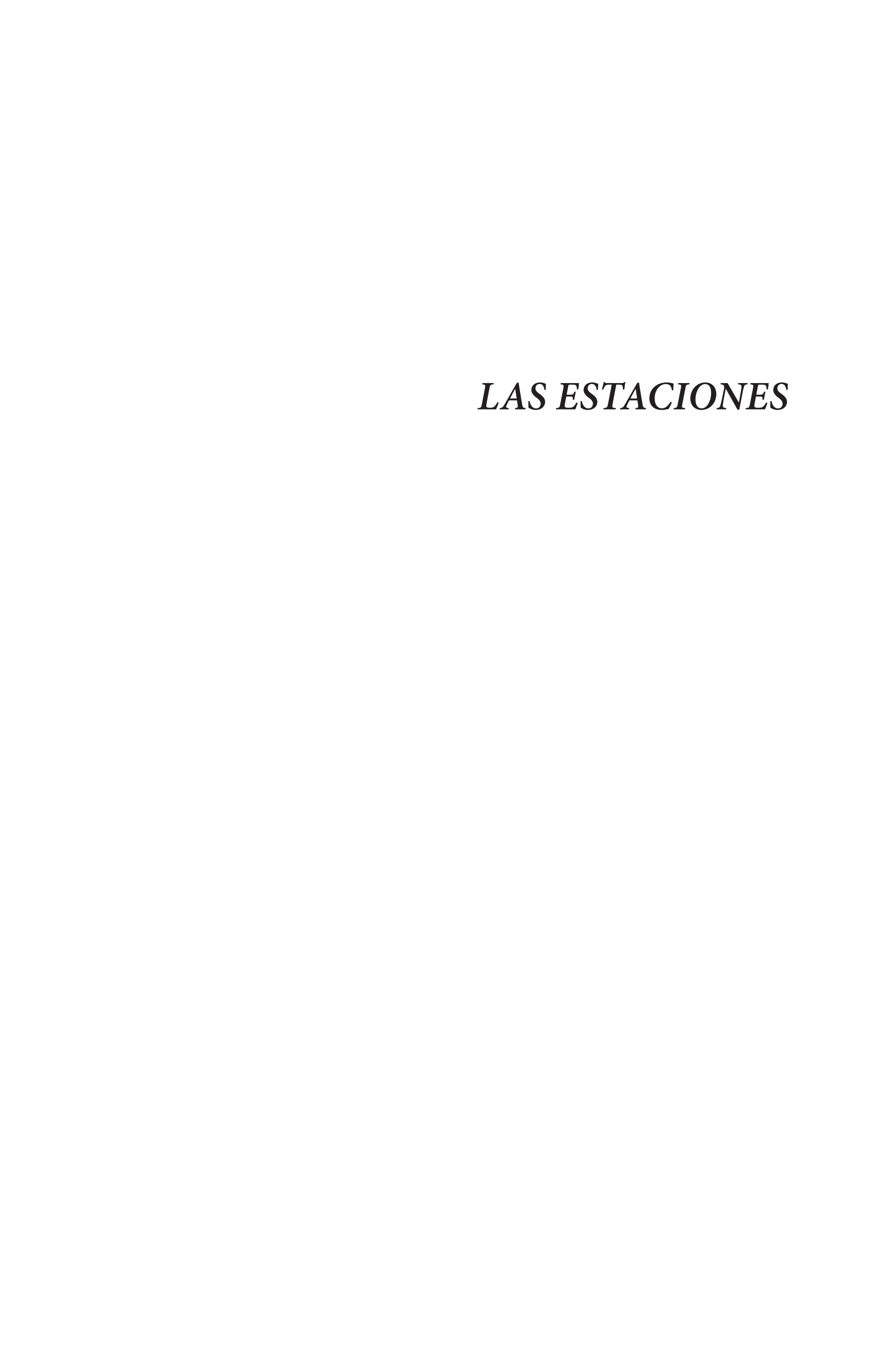
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



LAS ESTACIONES

Deja que te suceda la belleza y el espanto.
Solo hay que andar: ningún sentimiento es remoto.

M.R. Rilke

Sueño en plano fijo

Contabas que un jinete blanco
se interponía en el sendero sin dejarte pasar,
intentabas gritar, pero tu voz se perdía en la garganta.
Te sujetabas con fuerza a las riendas,
el caballo relinchaba anclado en la humedad.

Te vimos llegar tras la colina,
traías la noche en el pecho,
humintas en febrero,
sandías en diciembre.

La abuela sigue mirando el bosque,
esperando que alguien la salude.
Como el sombrero, abrigo y alforjas,
que aún cuelgan del perchero,
los ausentes muestran sus formas.

Tantas veces lanzaste al río tus redes
devolviendo los peces pequeños al agua,
quizá te gustaría ver
que lograron nadar contracorriente.

Por esta colina galopó tu caballo
a esta hora tocó la campana y
viste caer del nogal las nueces sobre el tejado.

En el pueblo pronto será navidad
algún camión llegará con gaseosas
apiladas según el sabor,
un avión distante pasará, los niños correrán
tratando de alcanzar la estela
y las mujeres dejando de mover el mortero
levantarán la mirada.

Qué haremos sin ti,
heredé tu sueño blanco,
el temor oculto bajo la almohada.
Y tus hijos. Ellos querían decirte tanto.

Los ecos de la supervivencia

No importa cuán estricta sea una reconstrucción,
pasados los años recordar conlleva una pérdida.
Mi madre me tomaba la mano y se sumergía entre la multitud
buscando una porción de pescado
a través de un mercado donde no hay edición de gestos
ni de sagacidad de supervivencia.
La vendedora escogía las caras de las monedas
pegadas a un imán en su bolsillo
y entregaba el cambio en sincronía a las manos extendidas.
Al recorrer esas calles
con suerte podías ver de vez en cuando
un ekeko que al pasar por las patas apiladas de los cerdos
hacía una mueca y luego volvía a sonreír.
Ahí las grietas eran más reales,
distraerse con un gato llevando un ratón en la boca
bastó para tropezar dejando caer los huevos
que tres perros lamieron rápidamente.
De noche la lluvia y el mismo ekeko
escondido bajo el techo de la iglesia.

Cada uno se limita a sobrevivir
en el suelo que pisa a medida que avanza.
Nuevamente los perros
caminando sobre los restos de las escamas,
lo demás de la existencia fue secada por el sol.

Donatella a media mañana

En medio del Altiplano
hay una pequeña aldea rodeada por álamos.
Ahí, en los mejores, aunque duros años,
Donatella recogía el agua del río en cántaros de arcilla
y lanzaba un puñado de grano a las gallinas cada mañana.
Tuvo seis hijos, dos murieron.
Nunca volvió a casarse.

La última vez que la vi
no logró reconocerme.
De la casa de adobe que habitaba,
rescatamos candelabros de bronce
y herramientas oxidadas.
Las cucharas y vasos fueron usados hasta el último día.
Aprendimos a *agradecer lo gastado*.

En la aldea de álamos y horneros,
hoy es una sola vertiente
donde se recoge el agua.
Los cambios son notables o no
según el ángulo del cual se mire un viejo hogar.
Una mañana un mechón de sus trenzas blancas
escapó con la brisa. Mi abuela también.

Temporada de sequía

Bajo la sombra del fresno de montaña,
mi abuelo lleva agua de una laguna
para juntarla con la de otra laguna lejana.
La molesta, le tira pequeñas piedras
y regresa oscurecido por nubes de lluvia.
Pronto traerán dalias junto al cerco
y cerdos insertando el hocico
en el verdor de chacras ajenas.

Hacer llover lo deja tambaleando,
lo miramos distante y sereno
adivinando los pasos que perdimos
para evitar que los surcos cedan
bifurcándose en busca de una grieta mayor.
Acaso ayudase en el intento
comenzar a huellear a pesar del lodo
y del sol que desciende siempre antes de lo esperado.

Nosotros vinimos lejos
hacia el vértice del camino

donde la visión del pasado es invertebrada
tentados, incrédulos, absortos
ahora que curtirse
parece ser un sentimiento
y no una textura en la piel
¿Tendría que hacer un dibujo en la mía?

Allegro

Durante la tormenta nocturna
los relámpagos dibujaron
el contorno de los árboles sobre el cerro.
Una gama de lilas estalló en el cielo,
el gallo confundió el día y cantó.
Un trueno surgió entre las nubes y regresó a ellas.

En la sala, coloridas banderas adornaban el pastel
y la arena fue ligeramente desordenada
por el paso de los perros que olisqueaban la comida.
El número de sillas era menor,
pero nadie mencionó la fragilidad de ese instante.
La música recorría en las gotas del tejo al lastre,
la sombra de las hojas del ceibo se agitó en la pared,
el caballo silencioso sacudió la montura.

Era un fragmento único de tiempo y espacio
similar al rayo que agrieta y vuelve a la opacidad
dejando seres partidos o con una nueva apariencia.
El agua corría turbia por las calles de tierra.

Hasta los opas, los jorobados, los añorados ausentes
y las nanas con bocio en el cuello y trenzas blancas
desfilaban al borde del camino
rozando las flores que crecen en forma silvestre
como si tuvieran un lugar a donde ir.

Cosecha

Mi abuelo abría los brazos a nuestra llegada
como extendiendo un acordeón
y se adentraba en el campo
igual que el riego en la grieta del surco.
Mi hermana y yo lo seguíamos.

Desde los naranjos el brillo de nuestro espejo
iluminaba sus ojos verdes bajo el sombrero,
entonces dejaba de empujar el arado
y se acercaba con un puñado de moras.
Las manos no tan ásperas ni astilladas
como el mango del hacha que sostenía
ni tan suaves como la lozanía
de las frutas que cosechaba.

Tras la ventana
recuerdos de aromas conservados en espiral.
Al oscurecer encendían el mechero,
y el querosene comenzaba a trascender,
proyectando nuestras sombras en el adobe.

Supimos de los días
en los que trabajar para un hacendado
era lo mismo que la esclavitud
y la única forma de enfrentarla
era sembrando una parcela prestada,
en las horas de descanso, bajo la luz de la luna.

Horas de siembra nocturna
para evitar que la deuda
ante el patrón creciera:
arroz, azúcar, pan quemado para los hijos
más días de trabajo.

No estaba prohibido sentir tristeza por el pasado,
pero en las noches, alrededor de la fogata,
como si ellos mismos fueran parte de la tierra,
el reproche era impronunciable.
Al limpiar el vidrio empañado en la cocina,
mi abuela decía: «A veces se muele el trigo
para que otros coman el pan,
pero aquí el pan es de maíz. Un día,
uno debe cosechar lo que siembra».

Hombre sentado bajo un sauce

Bajo la serenidad del árbol
la vida de un hombre es narrada por una mujer
que mira desde de los cercanos maizales.
Ella, señalando el sauce explica a su hijo:
llorar, igual que reír, es un desahogo.
El niño recogiendo dos mazorcas del suelo
pregunta: ¿Y quedarse en silencio?

Polaroids I

El día que nací
era invierno en el hemisferio sur.
Puedo recordar la primera fotografía
en los brazos de mi madre:
los árboles de durazno al fondo
y su sonrisa anunciando el misterio.

Intento retornar al lugar que abandonamos,
reconstruir sobre el olvido lo que el olvido no perdona:
Una aproximación a la imagen de los antepasados,
de dónde vinieron, cómo pensaron, a dónde se fueron.

Una escena amarillenta en el papel:
flores de durazno en el patio,
rosas escarlata en la ventana
que se van con fugacidad.
Una reverencia ante la longevidad de la corteza.

¿Dónde ir?
Espera un poco,
las posibilidades son más numerosas
que las líneas en la palma de una mano.

Polaroids II

Nunca llueve en Honfleur; pero a veces llueve sobre la infancia.

E. Satie

Los campos de maíz son vistos
a través de la ventanilla
entre el tambaleo y resonar de las ruedas.
El paisaje oscurece
hasta perder el punto de fuga.
Hacia la aurora y después de ella,
en Domingo de Ramos,
la campana expande su sonido
legua tras legua.
El que se va
intenta escuchar recordando,
pero algo que era
ha sido cubierto.
En partes crecen flores silvestres
y en otras solo maleza.

Un delta de días que intentamos conservar
la tarde en el río quizá,

zambullirse cuando las nubes oscurecen
mientras los amigos sonríen sentados sobre las rocas
con la piel pegada a los huesos
la barriga hinchada, los ojos grandes,
la tiña como un mapa desolado en la cabeza,
listos para sumergirse en la corriente y no saber.
En ese lugar, decimos
no molestan las moscas en la comisura de los labios,
ni se pasa mucho tiempo detenido
en la decadencia de la pintura
que aún deja ver las siglas
como si fuesen garrapatas en los muros.

Pensamientos que llegan
igual a la imagen de las primeras gotas de lluvia
sobre un río calmado.
Pudimos haber vuelto
a echar agua caliente sobre el hormiguero,
bajo las ollas grasientas
remover la tibia ceniza,
tender el cuero de oveja y dormir un poco más.
Apenas una marca de humedad contornea la roca al
borde del río

es el caudal con que el tiempo se lleva las cosas.
Ya no corremos a casa con la ropa mojada
solo a veces, en sueños o fotografías
posamos la mirada en la forma del caer
de aquello que por un cedazo atraviesa.

Solsticio

La mañana ilumina el polvo suspendido
mientras ella barre el centro del patio de tierra.
Con qué lentitud cae la polvareda
sobre las semillas de algarrobo.

No sabes escribir, pero lees las horas
en los ojos de los gatos,
la intensidad de la tormenta
en el comportamiento de los insectos,
la fertilidad en el espacio de corteza a corteza.

No barras el rastro de las gallinas, abuela,
conocimos la sensación de ingravidez
en el piar de un polluelo
entre las garras del sacre
que agitando las alas hacia el sur
en pocos segundos trastornó el horizonte.

El peso del cántaro de agua en la cabeza
es el tipo de cosas que hace ver todo diferente.
Donde sea que mires la distancia es infinita,

pero te acercas al paisaje sin miedo
guiada por el sonido estridente de las chicharras
y soportas el ardor de la piel al sujetar el mechero.

Tú atizas cuanto en verdad importa:
la fuerza intangible con que sanas el pecho entumecido,
ordeñas las vacas cantando y con firmeza
señalas que «hay que acercarse a ellas como a todo».
Tu voz atraviesa banda a banda en busca del caballo
y escuchas la cercanía del galope apoyando el oído en la tierra.

Qué extraña manera de llegar donde estamos,
poseedores de una herencia sin origen:
la piel pálida, las manos curtidas
los talones como un delta de grietas deshabitado,
lejos de ellos y lejos de nosotros.

Los robles se agitan en el cerro,
la brisa suspende la arena
y parecen vistos tras una cortina de niebla.
La magnificencia que genera la escoba en tus manos.
Regala un poco de la oralidad de un mundo menguante.
¿Recuerdas? Todo parecía música entonces.

Recuerda tocar las ramas de los árboles

Son extrañas las cosas que parecen plantas.

John Ashbery

Ven y acompáñanos esta mañana
que pasa del frío a la llovizna.
Cuando despierte, ella ya no estará a mi lado.
Acércate y miremos el árbol de manzana,
el color rojo parece navegar entre la niebla,
aunque las ramas están estáticas
como todo lo demás en la aldea.
Escucha el paso de nuestro asno
sobre el empedrado que va en busca de hierba.
Tengo la sensación de caer y caer
en partes minúsculas de agua
sobre el techo de paja de las casas
y filtrarme hundiendo el tumbado de lona
como si fuese un lienzo en el que dibujo
los bordes de la humedad que oculta la penumbra.

Cuando descendimos la colina, ella tropezó,
la leche se perdió en el paisaje rocoso.
Tan pálida y rendida estaba
como las ramificaciones
que se extienden para ser leña.
Veo en su imagen la frescura de la flor de naranjo,
te lo dije, palpaba con sus pequeñas manos
tratando de encontrar restos de leche
como si reconociera el entumecimiento de las rocas, quizá.
Se ha ido, ¿con quién miraré
la telaraña extendida entre los matorrales?
Ahora que puedo sentarme en la litera,
¿con quién imitaré a los mirlos
cuando quiera distraer el hambre?

Regresión

Me reencuentro
en el pozo al que caminaba
descendiendo el sendero de moras en mi infancia.
No en el reflejo,
sino en las ramas que según la hora
proyectan su sombra en el mismo lugar.
Semejantes a un reloj de sol
no registran desgaste.
Para ambos la intensidad del calor
parece siempre diferente.
Aún el hongo rojizo
bordea parte del tronco,
aún los verdes musgos
adornan la piedra.
Mirarse a través,
a pesar que el cuerpo
siga estando en el mismo sitio.
Reconstruida la caída en el río
intento volver a sentir
cómo el pequeño pie blanco
resbaló la piedra,

cómo mis manos en busca
de las manos de mi abuelo
y el naufragio inevitable
que dejaría la enfermedad del susto:
un sueño de fiebre y delirio
solo curado por un guaraní,
que masticando hojas de coca
llama mi regreso entre cánticos.
Yo lo intento, pero me equivoco.

Traslación

Recojo flores para el nicho de mi amigo,
grandes mariposas revolotean sobre el pantano.
Escogimos la madera, medimos juntos el ataúd,
dimos un sorbo de singani
y nos despedimos con tranquilidad.
Se nos ve zigzaguear en busca del porvenir
bordeando el sueño
con la epidermis tornasol
vagando distantes, tan débiles
como bichos bioluminiscentes
atascados en un charco inesperado.
Una especie de siesta donde hay música
y —extrañas— guirnaldas balanceándose entre los dos.

Chaco

Encontré a un hombre adolorido
cantando en guaraní ante el hachazo de una serpiente,
los sublimes colores estaban cortados por la mitad
al borde del camino. Me dijo: «No hay resplandor
en ninguna despedida, en el fondo todo palidece
cuando un cuerpo detiene su huella por el mundo».
Y se perdió entre el paisaje escarpado,
las sombras de las hojas del roble
cayeron sobre su espalda, el resto de su piel brillaba
mientras sus pies se deslizaban hacia rumbos imprecisos.

Indicios de una ceguera

Debía sentir el paso del tiempo
como la ola que se retira
abandonando la playa del recuerdo.

J.M.G. Le Clezio

Tengo un afecto especial por las sensaciones
que aún son innombrables en el diccionario,
como la lentitud con la que el rostro de mis antepasados
comienza a borrarse.
Sus ojos azabaches se tornan transparentes ahora.
Uno va perdiendo la vista de a poco.
Lo primero que se extraña
es la vivacidad de los colores cálidos:
una porcelana china
dejada por descuido sobre el mantel,
ciruelos en la canasta de frutas,
la diferencia en la tonalidad de los frijoles
y un invierno no del todo gris.

Los recuerdo menos:
las manos de ella trenzando mis cabellos,
el cuerpo de él sobre el caballo contorneado por el paisaje;
su imagen —la de ellos—
esta mañana parece una tímida marca de agua
al borde del papel.

Éxodo antes del alba

Padre, no llores cuando me veas partir
que el andar será ligero como el pedaleo en el descenso.
Siempre he partido con la sensación
de la tierra mojada tras la tormenta.
Mira nuevamente el azul oscuro de los tordos
en el poste de luz cuando amanezca.
Nada sucede sin que pueda soportarse,
aunque todos sabemos que pudo haber sido mejor.
Mientras los árboles se agitan con benevolencia,
el viejo perro gira antes de echarse en el zaguán.
Acaricia el pelaje blanquecino que pronto
dejará de estar hecho a su medida.
Qué confundidos estábamos de repente,
todas las cartas que perdimos de una a otra mudanza
y los atajos que debimos aprender para llegar a casa.
No podríamos pedir más de lo que tuvimos,
cestos de peras, miel y leche sobre el mantel,
el agujero en el centro de una piedra,
la gota que acaricia, la gota hiere decías.

No importa la calle, ni la situación, la infancia se alejará
antes que sea tarde como es habitual.
Una extraña calma me invade,
no se acerca a la alegría,
sino más bien a la contemplación.

En la ciudad

Pasa un auto, se ve una mano dibujando
una figura en la ventanilla,
los perros corren tras las ruedas,
las luces alumbran la llovizna,
es mejor encontrarse en las sombras
que en la imagen de un espejo.
Cuando los carros basureros doblan la esquina
las mujeres desaparecen,
justo un instante antes
que la helada se interne entre la enredadera.
Una limpieza aparente
deja a todos suspendidos
en las horas que anteceden el despertar.

Cuando indagamos en la perspectiva

Una anciana camina
hacia los panes apilados a las seis de la mañana.
A su espalda: estatuas de guerra
que mantienen la misma expresión de grito hace décadas.
Ella parece caminar cada vez más erguida
como si el viento por fin le hiciera
recobrar su posición vertical.
De cuando en cuando,
todos formamos parte de un cuadro,
si desenfocamos el centro veremos
que las estatuas estiran la lengua al rocío;
si nos alejamos más
creeremos que ella se desintegró de esas figuras
que lleva en un solo paso setenta inviernos
y en un parpadeo la mitad del verano.

Postal

Un puente une al este con el oeste.
Cada mañana se abren y aseguran las puertas,
cruje la escarcha en las ventanas,
la niebla cubre la punta de las construcciones,
dos aves cruzan el cielo en dirección contraria
perdiéndose entre el corte de los edificios con el horizonte
y la gente espera en las líneas de cebra. El semáforo está en rojo,
durante algunos segundos unos se cruzan con otros,
alguien mira a alguien que fortificado en sus auriculares
desvía la mirada.
Dos policías somnolientos terminan la vigilia
que impide a los suicidas lanzarse a la gravedad.

Jam Session

Mi amigo decía: «Todo lo que vive tiembla y provoca temblor».
El domingo por la mañana frente al supermercado
la fila doblaba la esquina
para entrar a uno de los cajeros automáticos.
En la puerta del otro, un indigente dormía
ante el espasmo de los usuarios,
que miraban las repugnantes heridas de sus manos.
Por cada ligero movimiento que hacía
todos sujetaban sus tarjetas de crédito.
Él, sin embargo, ya había cruzado el límite,
casi adormecido babeaba en cada ronquido
hasta que levantándose de un sobresalto
sacudió el polvo en sus rodillas
y se alejó como un contrabajo balanceándose lentamente.

Contra ruta

No tuve miedo en dejar
solo una huella accidental en el cemento.

Escapar de las conglomeraciones
de las nucas estresadas en los micros,
con todos los ángulos apuntando lejos de casa.

Escapar,
sin saber que hasta el desierto mueve sus rutas
y que entre paso y paso,
cubierto por el polvo indiferente del verano,
terminaría como un perro
que duerme a la sombra de otro.

Deconstrucción

Es necesario temblar varias veces
antes de entender
que la desintegración sucede de a poco.
Ver cómo caen las costras
y aplicar la deconstrucción del suceso.
Mirar por la ventana y sonreír levemente,
imaginar ser la planta que crece entre las tejas;
un vestido colgado en el tendedero
que no corre ni reposa,
imaginar ser la raíz que atraviesa el cemento,
el niño que no esquiva los charcos.
Intentar ser otro, aunque la lluvia otoñal
y la canción tan escuchada
vuelvan a conducirnos al mismo sitio.
Después del desencanto
no intervenimos en la tranquila soledad,
pero nos arriesgamos a deambular entre las luces vespertinas
con un viejo nudo en el pecho
y avenencia en la mirada,
ansiando pasar desapercibidos y a la vez
ser encontrados.

Gravedad

Ahora
ya no cuento los peldaños de las escaleras
para no pensar en lo poco que he subido,
justificando con el vértigo
mi permanencia en el suelo.
Porque de los letreros de advertencia
entiendo que necesito más
que una cabeza de pájaro para volar.

Paisaje

Aunque los viajes caigan al modo de una moneda
en la lata de un ciego que espera en un pasillo vacío,
toda partida sirve para desplazarse con la brisa austral
escuchando en los Andes un canto
que bien podría ser tibetano.
¿De dónde esa música?

Aproveché que la primavera dejó color en mis mejillas
para empujar la impaciencia de evadir lo lineal,
de intentar comprobar cómo se siente el verano en el polo y
el otoño en el Sahara.
Pero cuántos han procedido con cautela
y aun así se encontraron desprevenidos.
Afirmación evidente: en plena juventud urge envejecer
y a pesar de ello conservar
la capacidad con que miran los niños.

Asumo la poca sutileza con que se genera experiencia,
nadie advirtió el camino equivocado,
mis pasos llegaron sin aviso,

como quien sale en busca de frutas
y encuentra el desamor.
Simulé el rostro pálido en invierno
las piernas volvieron a temblar
a pesar de la determinación,
solo el sonido de las polillas
contra los postes de luz rompió el silencio.
Un cuerpo de cincuenta kilos
no es fácil de llevar en realidad.
Muchos pasaron, dejando el corazón en la frontera de la risa y el llanto.
Poco a poco olvidé qué le faltaba al equipaje inicial,
ahora lo bello y lo triste traspasa la maleta:
golondrinas girando en el jardín,
el ensayo de un guion dejado a medias al atardecer,
una conversación perdida por siempre.
Mientras canto nuevas canciones de tierras bajas,
en la comisura de los labios vibra lo que nunca pude decir.

En la terminal, nómadas del siglo XXI van y regresan
con excepción de algunos que una vez embarcados
tu mirada de plano fijo no logra seguir.
No volverán más.
Quizá en el fondo solo querías contarle a alguien
sobre los campos de dientes de león,

describir la quietud de las estatuas
cuando las sombras de los turistas
se desplazan y alargan sin parar;
del reloj de sol, del reloj de arena
de la misma sensación inexplicable
al escuchar a Erik Satie de fondo en el Fuego Fatuo
sin importar el lugar.
Lolita, te dicen, borra los caminos desprolijos
que trazas con desesperación.

“No sabes escribir, pero lees las horas
en los ojos de los gatos,
la intensidad de la tormenta
en el comportamiento de los insectos,
la fertilidad en el espacio de corteza a corteza.

Colección
Lima Lee

